

aquellas averías. Por espacio de cuarenta días no se turbó ni un solo instante la buena inteligencia que reinaba entre los insulares y los europeos; la confianza de estos para con sus huéspedes había llegado al mas alto grado de abandono y seguridad, pero el 12 de Junio fué asesinado Marion, así como veinte y siete hombres de las dos tripulaciones, sin que ningun motivo aparente hubiese podido provocar aquel terrible atentado de parte de los nuevos zelandeses.

En la relacion que dió Rochon al público sobre el viaje de Marion, atribuyó aquella catástrofe á la injusta conducta que Surville había observado dos años antes con Nagui-Noui; su opinion adquirió nuevo grado de verosimilitud, cuando se supo que los habitantes de la bahía de las islas habían declarado unánimemente que Tekouri, autor principal del asesinato de Marion y de sus compañeros, pertenecía, así como sus guerreros, á la tribu de Wangaroa. Nagui-Noui era de aquel pais, y tal vez pariente de Tekouri, y en este caso la venganza era justa y honrosa, segun las ideas recibidas por aquellos pueblos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los franceses vengaron á su vez de una manera muy terrible el asesinato de sus compatriotas; muchos pueblos fueron entregados á las llamas; centenares de habitantes pagaron con la vida su perfidia, y todavía hoy sus descendientes no hablan de aquel acontecimiento sino con un terror respetuoso.

Posteriormente se han dirigido en distintas épocas á las costas de la Nueva Zelanda, intrépidos navegantes como Duclesmer y Crozet, Fourneau, Vancouver y otros que han dado algunas noticias sobre los productos naturales de aquel pais; pero nada han dicho del estado moral, político y religioso de los habitantes.

Poi los años de 1795 fué cuando los balleneros, y sobre todo los pescadores de focas, comenzaron á frecuentar las costas de la Nueva Zelanda, debiéndose á algunos de aquellos aventureros el descubrimiento del estrecho de Foveaux, que separa la isla Stewart de Tavai-Pounamou, la transformacion de la isla de Banks de Cook en una simple península y el descubrimiento de las dársenas de Milford, Chalky, Preiervation, Macguarie, Molineux, Williams, Pegazus, etc.

Establecieron entonces relaciones mas frecuentes é íntimas entre los europeos y los nuevos zelandeses; reconocióse que si los últimos eran hombres orgullosos, irascibles é implacables en sus venganzas, podrian, tratados con dulzura, hacerse amigos seguros, leales y constantes. Desgraciadamente sus huéspedes los trataban mas bien como esclavos que como aliados. Ordinariamente el terror de las armas de fuego comprimía la indignacion de los insulares; pero en cuanto hallaban ocasion se apresuraban á vengar sus injurias, segun sus ideas de honor, degollando á sus enemigos y devorando sus cuerpos. Sin embargo, en lo jeneral acogieron con alegría á los europeos, porque veian que por su conducto podian proporcionarse los instrumentos de hierro que tanto necesitaban.

Segun la relacion de algunos navegantes, aquel pueblo de salvajes tiene tambien su poesía. Acompañan casi siempre sus cantos con bailes, cuyos compases y figuras se ajustan rigurosamente al ritmo y á las palabras del canto. Estas danzas son siempre características, y para ejecutarlas los naturales se colocan en una ó dos filas. Uno de ellos, situado á un lado, entona el canto en tono suave y moderado al principio; los bailarines entonces se ajitan poco á poco, inclinando sus cuerpos hácia atrás, moviendo la cabeza y los ojos de una manera horrible, y como si estuvieran atacados de convulsion; acostumbran tambien á sacar la lengua todo lo mas que pueden; y por último, en ciertos parajes y sin mudar jamás de sitio, dan tan fuertes patadas en el suelo, que resuenan á larga distancia. Cuando aquellos insulares bailan á bordo de un buque, parece que se va á hundir el puente bajo sus piés.

XVIII.

JAVA.—ESCALA EN SAMARANG (1).

La ciudad de Samarang descansa, como Batavia, sobre las márgenes de un rio, en un terreno llano y pantanoso. La misma direccion parece haber presidido á la fundacion de las dos ciudades, dotándolas de una rada vasta, pero incómoda. El fondeadero de los buques mercantes está á unas tres millas de la ribera, y un poco mas lejos el de los buques de guerra; á esta distancia se oculta Samarang á la vista que busca en vano el aspecto de una ciudad grande y populosa. Riberas bajas y uniformes, dominadas por montañas situadas muy lejos en lo interior, forman una rada llena de movimiento. Numerosos *praus*, abriendo sus anchas velas de estera á las brisas bastante regulares de la costa, surcan el mar en todos sentidos; ó bien encallados en el banco de fango, que impide la entrada en el rio en las horas de baja mar, forman, esperando el momento del pasaje, grupos inmóviles y pintorescos.

Los *tambanghanes*, lanchas de pasaje de quilla casi chata, son las únicas embarcaciones que pueden atravesar la rada á todas horas, y sorprende verlas atravesar rápidamente con el auxilio de sus velas triangulares la línea de barcos encallados y llegar en pocos momentos hasta las primeras habitaciones de la ciudad, situadas á los dos lados del rio que se estrecha considerablemente. Al principio solo se ven miserables barracas construidas de cañas, aunque graciosamente mezcladas con palmeras que proyectan sobre el rio sus largas hojas afiladas. Multitud de enredaderas cubren las paredes, y muchas veces su espeso follaje traspasa las empalizadas y viene á caer formando bóveda sobre el rio. Al pié de la escala que descende ordinariamente de aquellas casas al agua, se ven mujeres medio desnudas lavando su ropa ó bañándose á la vista de los que pasan. No lejos de allí cuadrillas de muchachos tienen á todas las horas del dia en medio del rio, sus

(1) Extracto del viaje al polo Sur y á la Oceanía, Mr. Desgrat. tomo octavo de la his., nota 4.ª, pág. 275. Gide, editor.

alegres luchas acuáticas, y llenan el aire con el bullicio de sus juegos.

Muy en breve, sin embargo, se desarrolla la escena; las habitaciones son mayores, las calles están pobladas, y se aumenta el embarazo de la circulacion por el canal. La rapidez del *Tambanghan* cede por momentos, y solo con mucha dificultad pasa por entre las grandes lanchas amarradas á la orilla y las ligeras canoas que suben y bajan sin interrupcion entre las dos estrechas orillas; al fin llega al magnífico barrio Europeo, la colonia opulenta.

Al principio se ven sobre las márgenes del rio algunas casas blancas en medio de otras mal construidas; en seguida grandes edificios negros que son los almacenes del gobierno. Una actividad asombrosa anima aquel barrio; por todas partes aparecen tiendas pequeñas, y mercaderes ambulantes circulan por entre la multitud del pueblo vestidos con los trajes del pais, chinos ó árabes.

Una larga hilera de grandes y suntuosos edificios compone el cuartel Europeo; sus fachadas están adornadas con hermosas columnas, presentando un efecto agradable á la vista, y formando galerías cubiertas que preservan del sol durante el dia, y donde por la noche se disfruta del fresco ambiente de la brisa. Raras son las casas que tienen mas de un piso; pero ganan en estencion lo que pierden en altura. Esclavos vestidos con largas túnicas de vivos colores y cubiertas las cabezas con pañuelos, obstruyen constantemente los perístilos. Algunas veces sobre el traje indíjeno de estos criados se ve por una estravagancia de gusto que parece muy de moda atavíos europeos. Los cocheros tambien, vestidos al estilo del pais, cubren su cabeza con el inmenso sombrero de hule y la cucarda negra de los cocheros de Europa. Esta mezcla estravagante no es de las singularidades que menos llaman la atencion del extranjero, y esto con harlo mas motivo, cuanto que ninguno de aquellos hombres lleva calzado, lo que es como en todas las colonias intertropicales una eesjiancia impuesta á su condicion inferior.

En Samarang hay muchas casas espléndidas; pero no se ven monumentos, y solo puede darse este nombre á la iglesia luterana, que levanta hácia el cielo dos campanarios en forma de torres; su bóveda espaciosa y sus naves anchas y bien ventiladas hacen que sea un edificio digno de una gran ciudad.

Las cercanías de Samarang presentan un conjunto de quintas á cual mas pintorescas y encantadoras; muchos son los comerciantes que poseen casas de campo; pero la mas hermosa sin contradiccion es la de Mr. Tissot, llamada *Baudion*. Esta residencia es un verdadero palacio, y segun el dicho general, uno de los edificios mas hermosos de toda Java. Edificado por un opulento armenio que se arruinó con su construccion, fué vendido mas adelante en mucho menos de su valor. Es de forma cuadrada, y no tiene mas que un piso de altura; pero con dimensiones colosales. Pabellones reservados á los extranjeros lo flanquean por cada lado, y en lo interior hay vastísimas salas, cuyo pavimento es de riquísima madera, y las cuales por su capacidad pueden servir para una gran recepcion ó un magnífico bai-

le. Un perístilo adornado de columnas precede á la entrada y forma una ancha galería donde la brisa circula libremente, y donde bajo aquel ardiente clima se encuentra un refugio contra el calor del dia.

La víspera de nuestra partida nos dió M. Tissot un baile en este palacio. La reunion fué muy escogida. La orquesta se componia de malayos; pero los instrumentos eran europeos. Tocó sin descansar aires agradables sin duda, pero singularmente variados; viejos y nuevos; italianos españoles ó franceses, se confundieron sin distincion de origen ó de antigüedad; pero tuvieron el mérito de hacer durar el baile hasta muy avanzada la noche.

Preciso es confesar que cuando despues de un viaje largo logra el navegante hacer escala en un punto donde tiene un gran recibimiento como el que nosotros tuvimos en Samarang, olvida sus padecimientos y trabajos, porque indudablemente es doble el valor de las atenciones y obsequios que recibimos á grande distancia de nuestro pais. La franca y cordial acogida que tuvimos en Samarang, no solo de parte de Mr. Tissot, sino tambien de todos los habitantes, no podia dejar en nuestro corazon sino profundos recuerdos, á pesar de ser tan cortas las horas que permanecemos en aquella rada. Al salir del palacio Baudion á las dos de la mañana, dejamos una reunion en la que muy fácilmente hubiéramos podido creer, al oír hablar nuestro idioma, que nos halláramos en Francia. Estas impresiones agradables nos siguieron hasta que llegamos á bordo de nuestro buque; allí cesó la ilusion; no mas mujeres encantadoras; la realidad recobró su imperio ante los preparativos del aparejamiento, y no sin gran dolor dirigimos nuestra última mirada por entre las sombras de la noche, á la gran ciudad dormida.

XIX.

ASESINATO DEL CAPITAN LANGLE Y ONCE MARINEROS EN LA ISLA DE TOU-TOM-ILA.

El 6 de Diciembre de 1780, La Perouse tuvo conocimiento de la isla mas oriental del archipiélago de los Navegantes (1); dióse á la vela, y al dia siguiente reconoció su punto meridional. No se apercibió de las piraguas que había en el canal: un grupo considerable de salvajes, agarrados circularmente bajo los cocos, parecia gozar sin emocion del espectáculo que la vista de las fragatas la Boussole y el Astrolabio les proporcionaba. Esta tierra, de cerca de cien toesas de elevacion, era muy escabrosa y cubierta de enormes árboles. Los franceses

(1) En el dia islas de Hamoa y de Samoa. Mr. Rienzi se convenció, despues de haber comparado concienzudamente los mapas y narraciones antiguas y modernas, de que el archipiélago de Samoa, encontrado por Bougainville, es el mismo que Roggweeen descubrió en 1772, y que llamó islas Bauman. El célebre geógrafo Malte-Brun coloca á las islas Bauman con las Goningen y Tienhoven, en el archipiélago de Roggweeen; pero estas islas no habiendo sido vueltas á hallar, persistimos, continua Mr. Rienzi, en nuestra opinion; creemos que las islas que vió el navegante holandés pertenecen al archipiélago de Samoa. La descripcion de las islas Bauman corresponde de una manera evidente con la de las de Samoa.

hicieron algunos cambios de alhajas de poco valor con los habitantes de la isla, pero pronto se convencieron que eran, como todos los salvajes, ladrones y de muy mala fé (1).

Navegaron para doblar una punta detrás de la cual aguardaban encontrar un abrigo, pero no habia ancladero, y se dirigieron entonces hácia fuera del canal, con ánimo de estenderse á las islas del Oeste, que están juntas, y son con corta diferencia tan grandes como la mas oriental: un canal de lo menos cien toesas separa estas dos islas, y se distingue á su estremidad occidental, una isleta que hubiera podido tomarse por algun peñasco, si no hubiera estado cubierta de una rica vegetacion.

Al dia siguiente tuvieron noticia de otra isla mayor, era Tou-tom-ila: aunque á distancia de tres leguas de tierra, algunas piraguas vinieron á bordo de las fragatas trayendo cerdos y frutas, probando así la fertilidad y riqueza de aquella isla, que en efecto es muy grande y poblada. Con tantas ventajas no le fué difícil á La Perouse resolverse en la eleccion de fondeadero y mandar anclar delante de Tou-tom-ila.

En la misma tarde, el capitán Langle, embarcado con otros oficiales en tres canoas armadas, fué á reconocer un pueblo populoso, en donde tuvo una amigable acogida. Como la hora era avanzada, los naturales hicieron una hoguera para iluminar el desembarco de sus huéspedes; en esta primera entrevista todo se hizo con el mayor orden, habiendo vuelto las canoas sin ocurrir incidente alguno.

El dia siguiente desde el alba, los naturales vinieron á traficar á bordo, cambiando provisiones por objetos de hierro, y sobre todo por abalorios y efectos de vidrio, que preferian á cualquiera otro género; las lanchas fueron á tierra para hacer agua y dos capitanes les siguieron en sus canoas: las relaciones con los habitantes fueron aquel dia menos pacíficas; los marinos incomodados de hacer el vallado al rededor del aguada, dejaron penetrar á las mugeres en sus filas, y un salvaje, que se habia escurrido por detrás de la lancha, hirió á un marino con una maceta, de la que se habia apoderado. En lugar de haber castigado severamente al agresor, La Perouse se contentó con arrojarle al agua: deberia haberle tratado con mas rigor para imponer respeto á un pueblo robusto y vigoroso, que hacia alarde de las ventajas de su fuerza corporal, y despreciaba á los extranjeros; hubiera sido menester dar á conocer el poder de los franceses, y el efecto de las armas de fuego de otra manera que echando á volar una ó dos palomas.

Sin embargo, La Perouse, acompañado de algunos hombres armados, visitó el pueblo, resguardado bajo los bosquecillos de árboles de pan; las casas estaban colocadas al rededor de un hermosísimo terreno circular de ciento cincuenta toesas de diámetro; en pié y delante de la puerta de sus casas, todos aquellos salvajes, hombres, mugeres, niños y vie-

(1) Mr. Lafond, alumno de primera clase á bordo del nuevo Astrolabio, fué el 29 de Septiembre de 1838, indignamente robado y asesinado; esta muerte dió ocasion á una expedicion militar que vengó á la víctima.

jos, suplicaban á La Perouse les honrara con su visita; entró en muchas de ellas, todas tenian un techo de pedernales escojidos, levantado á dos piés del suelo, y colgado de esteras muy bien trabajadas; su forma era elíptica, y una línea de troncos de árboles sostenia su tejado de hojas de coco. Para atemperar el vehemente calor del sol, habian colocado muchas esteras finas artísticamente cubiertas unas con otras en forma de escama de pescados, y que se bajaban y subian como nuestras persianas. Este hermoso país reunia la doble ventaja de una tierra fértil sin cultivar y de un clima que no escijia vestido alguno. Árboles de pan, cocos, bananos y naranjas, ofrecen á aquellos afortunados pueblos un abundante alimento. Además, poseen grandes y hermosas tórtolas y llevan consigo lindas cotorras domesticadas. ¿A qué imaginacion no se hubiese presentado aquella tierra privilegiada como la mansion de la felicidad! Pero los franceses pronto se apercibieron que esta no era sino efecto de la inocencia; largas heridas cicatrizadas ó recientes todavía, descubrian entre los salvajes costumbres belicosas y revoltosas, y sus facciones anunciaban gran ferocidad.

A bordo de las fragatas, y durante la ausencia de los jefes, se habia todavía revelado mejor. A pesar de la vijilancia de los centinelas, los salvajes se habian escurrido por el puente, habiendo robado aquí y allí algunos efectos, y á la violencia hubiese sido necesario oponer la fuerza. Pero aquellos hombres de formas hereúleas se mofaban de los franceses y se reian de sus amenazas; hubiese sido necesario probar nuestra superioridad por actos de rigor; no se hizo. La Perouse tenia una esperiencia que hacer; costó muy cara á las dos fragatas (2).

La fatalidad parecia impeler al capitán Langle hácia el desastroso acontecimiento que le costó la vida. El dia 10 habia reconocido un lindo pueblecillo en una ensenada vecina, y queriendo al dia siguiente, á pesar de la oposicion de La Perouse, vol-

(2) Del modo que Peron ha considerado á la opinion mas esparcida de que el hombre por naturaleza es siempre bueno, que no hace el mal sino para vengarse, es un error que ha costado la vida á muchos viajeros. Creemos que estos hombres poseen sentimientos morales, porque nuestra educacion, desde la infancia, los ha impreso en nuestro corazon: los juzgamos bajo nuestro punto de vista, es decir, segun nosotros mismos; nunca paramos la atencion en si poseen ó no el mas pequeño bosquejo de estos excelentes principios que hacen que el hombre conserve el bien para el bien, perdone jenerosamente una ofensa y desprecie la venganza, reprima su cólera para conservar intacta la fuerza de su intelijencia. Muchas veces entre estos hombres hemos tomado la astucia y el disimulo por la magnanimidad. Estos son los que se dejan dominar por el tropel de deseos que aquel momento ha inventado, los cuales tratan de satisfacer instantáneamente. Guardémonos de ocuparnos de estos halagüenos cuadros, cuya narracion, ciertos autores han enriquecido con solo el objeto de reproducir la edad de oro, y representar escenas de gloria terrestre. Todo esto pertenece á la novela: cuando se nos proporciona viajar, pronto nos cercioramos de la realidad, sin apellidarse al hombre *natural*, del modo que hemos convenido llamarle poéticamente *bárbaro*; porque francamente, nada es menos natural que un ser razonable que no hace uso de toda su razon.

El medio de no ser víctimas de los salvajes, es recorrer su país en reunion de dos ó tres personas, manifestarles siempre un aire severo y desagradable; fijar imperiosamente y sin cesar la vista sobre ellos; no disparar todas las armas á la vez. Ciertamente, siguiendo esta marcha, se llega á desembarazarse pronto de la multitud importuna, no conservando á su lado sino guias que el atractivo de alguna retribucion los proporciona siempre. En estos casos un bolsillo es la mejor brújula.

ver á él el 11 hácia el medio dia, las dos lanchas de las fragatas y las dos canoas, montadas por sesenta y una personas, lo mas selecto de las tripulaciones, á las órdenes de Langle, dejaron el ancladero para hacerse á la aguada y llegar al pueblo que este oficial habia descubierto la vispera; las embarcaciones iban armadas de pedreros, y los marineros llevaban fusiles y sables; apenas llegaron al sitio donde desembarcó la vispera Langle, en lugar de una bahía vasta y cómoda que creia encontrar, no vió sino una ensenada llena de corales, en la cual no se podia penetrar mas que por un canal estrecho y tortuoso: el capitán, que habia reconocido aquella bahía en la mar alta, no suponía que en aquellas islas la marea subiese de cinco á seis piés; quiso desde luego retroceder y volver á la primera aguada que reunia todas las ventajas; pero las buenas disposiciones de los naturales que le aguardaban en la playa con gran cantidad de frutos y cerdos, le inspiraron confianza. Desembarcaron las pipas en el agua, establecieron una línea de soldados para proteger á los trabajadores, y la operacion empezó tranquilamente. En la primera hora, el número de los naturales solo subia á poco mas de doscientos, y ningun peligro ecsistia para Langle con los medios de defensa que tenia en su poder; pero poco á poco, fueron llegando de todos lados numerosas piraguas, y pronto mil quinientos insulares cubrieron la playa y embarazaron el pequeño ancon; entonces comenzó el desorden y la confusion. Por último, Langle, mal aconsejado, distribuyó presentes á los hombres que tomó por jefes.

Esta largueza á nadie satisfizo, ni á los obsequiados ni á los que no lo fueron. Estos últimos, al contrario, se picaron de envidia soberbiamente, y desde entonces el conflicto llegó á ser inevitable.

Langle habia mandado la retirada hácia las lanchas, y los salvajes no la descomposieron; solamente sí entraron en el agua y siguieron á los franceses, obligados á andar algun tiempo por la mar, para reunir las embarcaciones; en esta travesía, los fusiles y los cartuchos se humedecieron. Todo quedó en calma, hasta que se dió la orden de levantar los rezones y poner las lanchas á nado; desde aquel momento, algunas piedras fueron arrojadas. Langle contestó con un tiro al aire, que fué la señal de un ataque jeneral por parte de los indijenas, un granizo de piedras lanzadas desde muy corta distancia con hondas, alcanzó casi á todos los que estaban en la lancha; el capitán, herido de una, cayó á babor, en donde mas de doscientos salvajes se echaron sobre él, asesinándole á macanazos. Así que murió, aquellos salvajes ataron su cuerpo á la lancha para utilizarse con mas seguridad de sus despojos; cerca del comandante, y sorprendidos como él, cayeron tambien el naturalista Lamanon, el capitán de armas Talin y muchos marineros. Por todos lados se veian naves de salvajes esparcidas aquí y allí.

Atacados por derecha é izquierda, por delante y por detrás, los de la tripulacion no sabian ya ni á quien obedecer, ni cómo defenderse; era un horrible combate, una mezcla sangrienta y confusa, en que la ventaja de la situacion y del número debia anu-

lar y dominar la superioridad de las armas de fuego.

No podian á la vez libertar las lanchas encalladas y defenderse contra los ataques de los naturales. El teniente Boutin, que mandaba la segunda lancha, mandó hacer fuego; á la distancia de cuatro ó cinco pasos, cada disparo debia matar un salvaje, pero no tuvieron tiempo para volver á cargar; las lanchas fueron evacuadas, y consiguieron reunirse á nado y felizmente las canoas restantes. Este movimiento produjo un entretenimiento útil; los salvajes llevados por la pasion al robo, se precipitaron sobre las embarcaciones abandonadas, disputándose con encarnizamiento hasta la cosa mas pequeña, cual una nube de aves de rapiña que se precipita sobre cadáveres; en pocos minutos, las embarcaciones fueron destrozadas, y ocupados en esta obra de destruccion, los agresores olvidaron á los tripulantes fujitivos; estos, en el momento que llegaron á sus canoas, arrojaron á la mar todas las pipas de agua, con objeto de alijerarse de peso y colocar á todos con comodidad; despues tomaron el rumbo hácia lo mas ancho. En lo mas estrecho del paso, un incidente pudo haber comprometido por segunda vez la vida de aquellos desgraciados; la canoa del Astrolabio encalló: por dos lados del canal, y á unos diez pasos de distancia, un banco de arrecife permitia á los insulares emprender un nuevo ataque contra los fujitivos. El robo de las lanchas habia concluido, y esta masa de salvajes embriagados del primer suceso, estaban dispuestos para un segundo saqueo. En efecto, corrieron profiriendo gritos horribles, creyendo tener una nueva presa, y poder cortar la retirada á los franceses; pero varias descargas hechas en direccion de los salvajes, salvaron á nuestros marinos de una inmediata catástrofe.

Quando estas embarcaciones llenas de heridos llegaron á bordo, y se les notificó el trájico suceso que habia tenido lugar, un grito de venganza resonó en todos los tripulantes; al rededor de los navios habia cien piraguas, en donde los naturales vendian las provisiones con una seguridad que probaba la inocencia; eran los hermanos, los hijos, los compatriotas de los bárbaros que acababan de cometer el crimen mas odioso; hubiese sido una hecatombe ofrecida á los manes de las víctimas! Ya los soldados se habian apoderado de sus fusiles y cargado los cañones: pero La Perouse, siempre humano, detuvo aquellos movimientos naturales de venganza. Se contentó con tirar un cañonazo de pólvora, para dispersar las piraguas; en menos de una hora todas habian desaparecido.

La Perouse formó en seguida el proyecto de mandar una nueva expedicion para vengar á sus desgraciados compañeros, y recojer los despojos de sus lanchas. Con esta intencion se aprocsimó á la costa para buscar un anclaje, pero no encontró sino el mismo fondo de coral que Langle. Por otra parte, cedió á las representaciones del teniente Boutin, que le hizo observar que si las canoas tenian la desgracia de encallar, no volveria ni un solo hombre, porque los árboles que tocaban casi la orilla del mar, poniendo á los salvajes á cubierto de la fusilería, dejarían á los franceses despues de su desembarco, es-

puestos á una nube de piedras. Despues de dos dias de perplejidad, tuvieron que abandonar aquellos sitios funestos, que recibieron el nombre de *Isla del Asesinato* (1).

El 14 de Diciembre se dió la órden de aparejar, dirijiéndose hácia la isla de Opolou, distante nueve leguas de la isla de Tou-tom-ila; á la distancia de tres leguas rodearon á las fragatas un sin número de piraguas cargadas de provisiones de todos jéneros; los salvajes que las montaban tenian el mismo tipo exterior que los de Tou-tom-ila; pero sus maneras eran mas dulces, reinando mas tranquilidad en los cambios.

Por la tarde, las fragatas se pusieron al paio por lo ancho del pueblo, el mas estendido quizás de cuantos habia en ninguna isla de la mar del Sur; ocupaba este una vasta llanura cubierta de chozas desde la basa de las montañas hasta la orilla del mar. Estas montañas se hallan casi en medio de la isla, desde donde el terreno, formando un declive suave, presenta á los navios un anfiteatro lleno de árboles, de casas y de verdor; se veia elevarse el humo del seno de aquel pueblo, como del medio de una ciudad; la mar se encontraba inundada de un sin número de piraguas, unas atraidas por curiosidad, otras por el deseo de comerciar. Estos salvajes no tenian conocimiento alguno del hierro; constantemente rechazaban lo que se les ofrecia, prefiriendo un grano de vidrio á una hacha, y no buscaban en los cambios sino superfluidades. Entre bastante número de mujeres, La Perouse distinguió á dos ó tres de una fisonomía agradable; sus cabellos adornados de flores y de una cinta verde en forma de venda, estaban trenzados con yerba y musgo; su talle era elegante, sus ojos, sus fisonomías, sus acciones anunciaban la dulzura, mientras que las de los hombres espresaban la sorpresa y ferocidad. A la entrada de la noche, la expedicion continuó su camino retirándose de la isla, y las piraguas volvieron á tierra. Al dia siguiente, pasaron por la isla de Sevai sin detenerse: la catástrofe de Tou-tom-ila (2) era conocida probablemente en esta isla, pues ninguna piragua visitó á las fragatas.

Sevai, mas pequeña pero tan bella como la populosa Opolou, está separada por un canal de cerca de cuatro leguas, dividida por dos islas bastante considerables; una de ellas bastante baja y muy adornada, está probablemente habitada. En la costa del Norte de Sevai, como en la de las demás islas de aquel archipiélago, á no ser volviendo la punta Oeste de esta isla en donde se encuentra la mar en calma y sin escollos, no es posible abordar.

El archipiélago de los Navegantes de Bougainville se compone de siete islas, situadas hácia el décimo cuarto grado de latitud Sur, y entre los ciento setenta y uno á ciento setenta y cinco de longitud occidental; estas islas forman uno de los grupos mas

(1) Un inglés llamado Frazier, establecido seis años hacia en Opolou, dijo á d'Urville en 1833, que dos franceses sobrevivieron al desastre del capitán Langle; que uno de ellos se casó y tuvo dos hijos, de los cuales uno vivia todavía.

(2) Manoua es el nombre colectivo de tres islas pequeñas: Olo-singa, To-ho, Feti-houta.

hermosos de los mares del Sur. Los habitantes son bien formados, su talla ordinaria es de cinco piés y diez á once pulgadas; pero no se admira uno tanto por la estatura, sino por las proporciones colosales de sus miembros. Los hombres tienen todo el cuerpo pintado, de manera que cualquiera creeria que estaban vestidos, siendo así que se hallan casi desnudos; tan solo llevan un cinto al rededor de los riñones, de yerbas marinas, que les baja hasta las rodillas, haciéndoles parecer á los caudalosos rios de la fábula que nos representan cubiertos de cañas. La talla de las mujeres es proporcionada á la de los hombres.

Estos pueblos poseen ciertos artes que cultivan con buen éxito; ya hemos visto con qué elegancia construyen sus casas. Vendieron á los franceses por algunos granos de vidrio, grandes platos de madera de kava, de una sola pieza, y tan pulimentados que parecian estar dados con barniz. Hacen tambien esteras muy finas, trenzadas como nuestros tapices afelpados, y algunas telas hechas de papel, como en toda la Polinesia, con corteza del *broussonetia papyrifera* y del *thelesia populnea*, con las cuales los jefes se cubren el cuerpo en forma de saya.

Su lengua es un dialecto del lenguaje de las islas de la Sociedad y de los Amigos.

De los mil quinientos á mil ochocientos insulares que á los franceses se dieron á conocer, solamente unos treinta se anunciaron como jefes; tenian establecida su especie de policía, repartiéndoles muy á menudo sendos palos; pocas veces eran obedecidos, violando la órden tan pronto como la habian dado. Con razon les llamó Bougainville navegantes; todos los viajes se hacen en piraguas; jamás van á pié de un pueblo á otro. Todos estos pueblos están situados en ensenadas sobre la orilla del mar, y no tienen camino sino para penetrar en lo interior del pais. La Perouse no tuvo ocasion de ver algun entierro, y así no fué testigo de ninguna de las ceremonias religiosas. Dijo d'Urville, que abordó á Opolou en el mes de Setiembre de 1837, que por una singular escepcion los samoenses no tenian culto alguno.

XX.

ALEJANDRO SELKIRKE.—SOLITARIO EN LA ISLA JUAN FERNANDEZ.

El primer europeo que se estableció en esta isla fué Juan Fernandez, jefe de muchas familias, las cuales permanecieron en ella hasta que Chile fué conquistado; pasó entonces al continente, quedando por consiguiente aquella enteramente desierta. Sin embargo, algunas cabras que quedaron, multiplicáronse con tanta mas facilidad cuanto que si se exceptúa el gato doméstico, no encierra animal alguno: tierra nueva y llena de riquezas solamente necesitaba un propietario. Este llegó por fin.

En 1705 un escocés llamado Alejandro Selkirk á bordo del buque inglés los Cinco-Puertos, tuvo una disputa con su capitán *master* Strading, y previen-

do que habian de resultar otras incomodidades mayores en el transcurso del viaje, pues no era aquella la primera, y como á la sazón se hallaran delante de la isla, pidió que le condujesen á ella, gustoso de vivir mejor solo y á merced de sus necesidades, que soportar mas tiempo la brutalidad del capitán, deseoso éste de separarse del escocés, apresuróse á entregarle sus vestidos, su cama, su escopeta, pólvora, balas, tabaco, una hacha, una Biblia y algunas otras obras piadosas, conduciéndole en una lancha hasta la costa. Cuando Selkirk se vió en ella, y los marineros que le habian conducido se separaban de la playa, comenzó á considerar su soledad y la dificultad de proporcionarse compañía: se estremeció, y rogó al capitán que le permitiera volver y olvidase lo pasado; pero Strading, sin escucharle, continuó dirigiéndose hácia el buque, viéndole Selkirk desaparecer con rapidez. Sin duda la Providencia creyó deber castigar su crueldad, porque poco tiempo despues dió al traste y pereció con la mayor parte de su tripulacion.

Selkirk, despues de haber permanecido algun tiempo en la costa, pensó en los medios de asegurar su existencia en aquella tierra. Con ayuda de su escopeta se apoderó de una cabra; despues, frotando dos pedazos de leña hizo fuego y preparó su primera comida. Se echó en el campo sin temor alguno, creyendo no encontrarse con ningun animal dañino. La isla de Fernandez tiene de cinco á seis leguas de lonjitud y una ó dos de latitud. Selkirk habia arribado allí en otro viaje para hacer agua, habiendo dejado á dos hombres, los cuales vivieron seis meses en ella.

La belleza del sitio y la dulzura del clima dispensaban á nuestro solitario que se tomara el cuidado de proporcionarse una habitacion; construyó dos pequeñas chozas con ramas de árboles, las cuales cubrió con una especie de helechos (1) duplicándolos con pieles de cabras. Estas dos chozas se hallaban á corta distancia una de otra, guisaba en la mas pequeña, y la mayor destinó para su dormitorio, eligiéndola tambien para pasar los momentos de meditación.

La falta de pan y de sal hacia que su alimento fuese muy poco apetitoso: así es que no comia mas que cuando la necesidad le obligaba; se servia para cocer su comida de la madera de un árbol que despedia un olor aromático que gustaba mucho de él. Abundaba en pescados, pero hacia poco uso de ellos: le gustaban mas los cangrejos de arroyo (2) que, en la isla Juan Fernandez, son de un gusto exquisito y bastante gordos; unas veces los comia cocidos, otras asados, así como la carne de las cabras. Poco á poco fué acostumbrándose á su nuevo género de vida, hallándola últimamente muy buena. Además de exquisitos nabos, tenia en abundancia escelentes chu-

(1) Hay tres especies: doce á quince helechos son dueños de mas de la mitad del suelo; entre otros una peperomia que recuerda la vegetacion de Taiti; lo restante está cubierto ó enteramente desnudo de plantas.

(2) Son numerosos y cristalinos: la elevada costa de la isla abunda en cascadas que desde la mar hacen un efecto encantador.

pones (3), los cuales sazónaba con frutas de tres clases.

Tambien producía la isla otra fruta muy agradable al gusto, pero no era tan fácil de cojer como los nabos y chupones que se hallaban á la mano, porque cruzaba la cima de las montañas y de los peñascos: esta fruta es el *myrtus ugni*.

Selkirk gozaba de todo el vigor de su juventud, no llegaba á los treinta años. Tuvo que hacer uso de su destreza y agilidad, pues pronto apuró su provision de pólvora: corriendo tras de las cabras y repitiendo este ejercicio con bastante frecuencia, se hizo tan ágil, que llegó hasta alcanzarlas á la carrera. Cierta dia que persiguió con ardor á un animal de aquellos, fué menester bajar en el fondo de un precipicio, cuyo borde estaba cubierto de agujeros; con la precipitacion rodaron al fondo los dos, habiéndose lastimado Selkirk y perdido enteramente el conocimiento. Cuando recobró los sentidos, se halló encima de la cabra que estaba muerta, permaneciendo en aquella postura sin poderse mover mas de veinte y cuatro horas, y necesitando diez dias para salir de la escabrosidad del terreno. Este fué el solo incidente que le acaeció durante su permanencia en la isla Juan Fernandez.

Como corria tanto por los bosques y montes, llegóse á quedar sin zapatos y vestidos, habiéndose procurado con maña una casaca y una gorra de pieles de cabra, sirviéndole de aguja un clavo. Se hizo tambien camisas con la tela que conservaba, y las cosió con el hilo que entresacó de sus vestidos viejos. Resignóse á andar con los piés descalzos como los salvajes, habiéndose llegado á acostumbrar de manera que corria sin temor ni peligro alguno por las piedras; la piel de sus piés se llegó á endurecer tanto como el cuero.

Habia encontrado en la ribera algunos aros de hierro; los dividió en pedazos, adelgazándolos lo mas que pudo, formando un cuchillo, pues el que tenia era inservible; con dos piedras le aguzaba. La necesidad despertó su industria; pero esta necesidad era poco urgente, atendida la dulzura del clima y á los muchos beneficios que la Providencia derramó sobre aquella isla. Nuestro solitario tenia mucho tiempo sobrante, que no sabia como emplearlo. Al principio una melancolía profunda le tenia abatido, y por decirlo así inmóvil en la playa, pero poco á poco se familiarizó con su posicion, y fué creándose distracciones; grababa su nombre en los árboles con la fecha de su destierro; enseñaba á bailar á los cabritos y á los gatos que habia domesticado. Estos últimos animales le fueron muy útiles contra una multitud de ratones que le rodeaban haciéndole la guerra. Estas dos especies eran muy numerosas, y se habian multiplicado estraordinariamente. Los ratones, atrevidos y hambrientos, venian por la noche á roer los vestidos y los piés del pobre Selkirk; para desembarazarse de estos enemigos que parecia que querian devorarlo vivo, atrajo á los gastos repartiéndolo todos los dias su caza entre ellos; poco á

(3) Este árbol que he visto sin flor forma un nuevo género de palmitos.

poco, familiarizándose con el solitario, vinieron á acostarse al rededor de su cabaña, consiguiendo por este medio librarse de sus enemigos comunes.

Pero una de las mas importantes y mas dulces ocupaciones de Selkirk era dirigir sus oraciones y acciones de gracias á la Providencia, que velaba por él. En la desgracia el hombre siente todo el poder de la religion; cuando se encuentra abandonado de sus semejantes, Dios vela por él, y este pensamiento basta para hacerle soportar todo jénero de males. Selkirk cantaba salmos y buscaba en la Biblia los pasajes que consolaban mas sus penas. Y así por su industria y por su resignacion habia llegado á ser tan dichoso cual podia desearlo en su aislamiento: gozaba de la abundancia de los primeros bienes, y aguardaba con paciencia á que Dios cambiase su situacion.

Confiaba que algun navío se aprosimara á la costa de su soledad; esta esperanza estaba muchas veces á punto de ser realizada; pero las embarcaciones pasaban por delante de la isla sin reparar en el fuego de la orilla. No obstante, dos se aprosimaron para hacer agua. Incierto á qué nacion pertenecian, se acercó á ellas con desconfianza; algunos españoles que habian desembarcado ya, tan pronto como le aperebieron se echaron sobre él, persiguiéndole hasta el interior de los bosques, y viéndose perdido, trepó por un arbol: por mas que corrieron á su rededor y mataron gran numero de cabras á su vista, no pudieron dar con su paradero. En aquel tiempo la España estaba en guerra con la Inglaterra, y Selkirk, que conocia la desconfianza de los españoles, quiso mejor morir en su isla que caer en las manos de sus enemigos, porque no habrian dejado de matarle por temor de que diese noticias en la mar del Sur.

En fin, en 1709, dos navíos notaron el fuego que habia encendido, y se acercaron en la persuasion de que eran embarcaciones inglesas, lo cual era cierto. Estos dos navíos, destinados á hacer aprehensiones en la mar del Sur, estaban mandados por Woodes Roggers, y tenian por primer piloto al famoso viajero Guillaume Dampier. Selkirk, habiéndose asegurado que los marineros que se acercaban eran ingleses, corrió á su encuentro, y tuvo la dicha de hablar á dos hombres despues de cuatro años y algunos meses de soledad absoluta. Roggers le acogió con mucha humanidad, y por recomendacion de Dampier, que le habia conocido algunos años antes, le dió el empleo de contramaestre.

Roggers, á la vista de aquel acontecimiento hizo reflexiones que, aunque muy sencillas, eran del caso. "Podemos poner por ejemplo á Selkirk, ha dicho, para probar que la soledad y el retiro no es un estado tan triste como la mayor parte de los hombres se imaginan: una desgracia evita muchas veces otra mayor, puesto que el navío de su capitán se desgració en seguida, y toda la tripulacion pereció. Por otro lado, la destreza que ha tenido para suministrarse recursos, aunque muchas veces desprovisto de las luces del arte, nos prueba que la necesidad es la madre de la industria. Ademas, tan sóbrio como era, desde que recobró el uso de nue-

tras carnes y licores, perdió mucha fuerza y actividad; prueba convincente que el alimento mas sencillo y temperante conserva la salud y el vigor del alma; en lugar de que la variedad de nuestros manjares y bebidas, sobre todo, si es con exceso, desgasta ambas cosas, las mas preciosas del hombre."

Esta aventura de Alejandro Selkirk recuerda la historia tan interesante, y al mismo tiempo tan moral de Robinson Crusoe; en efecto, es la relacion de aquella aventura la que proporcionó á Daniel de Foe la idea de componer su Robinson; han supuesto que habia conocido á Selkirk, y que este le habia confiado sus papeles. Selkirk fué bastante menos industrioso que Robinson, y debemos acusarle por la abundancia en que se hallaba su isla; no necesitaba molestarse mucho para procurarse lo que necesitaba. Empero, es necesario admirarse que un marino, teniendo buenos troncos de árboles á la mano, no haya tratado de hacerse una piragua: con el fuego y herramientas de basalto bien cortadas, es fácil ahuecar el árbol mas duro. Juan Fernandez abunda en piedras de aquella naturaleza, porque esta isla pertenece toda ella á las formaciones volcánicas antiguas. Una piragua le hubiera hecho menos costoso y mas pronto el transporte de un punto á otro lejano.

Por falta de embarcacion, no pudo cazar á la *foca con trompa*, que muchas veces la vió en lo alto de los acantilados, refocilándose sobre la playa.

XXI.

EL CAPITAN COOK.

Santiago Cook nació en Octubre de 1728 cerca de Whythy, en el condado de York, siendo aún muy joven, le pusieron sus padres en casa de un mercader de un pueblo inmediato; pero como no habian consultado su vocacion, no tardó en abandonar el mostrador, y se ajustó por nueve años en un buque que hacia el comercio del carbon. Al empezar la guerra de 1755 entró al servicio del rey á bordo del Aguila, mandado entonces por el capitán Hammer, y despues por sir Hugh Paliser, que muy en breve descubrió su mérito y le colocó en el castillo de popa.

En 1758 era master del Northumberland, navío del lord Colville, que mandaba á la sazón la escuadra estacionada en la costa de América. Allí fué donde leyó á Euclides por primera vez, y se entregó al estudio de las matemáticas y de la astronomía sin mas auxilio que el de algunos libros y el de su propia intelijencia. Al mismo tiempo que cultivaba su talento de esta suerte y subsanaba las faltas de su primera educacion, tomaba parte en las escenas mas activas y penosas de la guerra de América: en el sitio de Quebec le encomendó á sir Carlos Sunders servicios de la mayor importancia, y el valor y destreza con que desempeñó sus diferentes comisiones le granjearon la amistad de sir Carlos Sunders y de lord Colville, que continuaron protejiéndole hasta su muerte, y le dieron siempre seña-

ladas muestras de afecto. Concluida la guerra, le enviaron á solicitud de lord Colville y de sir Hugh Palliser, á reconocer el golfo de San Lorenzo y las costas de Terranova; trabajo que le ocupó hasta 1767. En esta época sir Eduardo Hawke le nombró comandante de una expedicion en los mares del Sur con objeto de observar el paso de Vénus por encima del disco del sol y descubrir en seguida nuevas tierras.

Sus servicios desde aquella época fueron brillantes y célebres. Acaso no hay ciencia que mas haya dado á un solo hombre como la jeografia al capitán Cook. En su primer viaje al mar del Sur descubrió las islas de la Sociedad, menos la de Taiti, que lo fué por Wallis; probó que la Nueva Zelanda forma dos islas, y reconoció el estrecho que las separa; en seguida recorrió toda la costa oriental de la Nueva Holanda, desconocida hasta entonces, y añadió á las cartas de aquella parte del globo una estension de veinte y siete grados de latitud ó de mas de dos mil millas.

Su segundo viaje al rededor del mundo resolvió el gran problema del continente austral, porque atravesó el hemisferio Sur entre el 40 y 70 paralelo, demostrando que no puede haber allí continente, á menos que no se encuentre cerca del polo, y en parajes innacesibles á los buques. Descubrió la Nueva Caledonia, la mas estensa isla del Océano Pacífico, despues de Nueva Zelanda; descubrió tambien la isla de la Georgia y una costa nueva que llamó tierra de Sandwich. Despues de haber visitado dos veces los mares del trópico, fijó la posicion de las tierras observadas en otro tiempo por los navegantes, y halló muchas que eran desconocidas.

Su tercer viaje fué el mas notable de todos por la estension é importancia de sus descubrimientos. Además de muchas pequeñas islas que halló en el Océano Pacífico del Sur, descubrió al Norte de la línea equinoccial el grupo llamado islas Haonai, cuya posicion y productos prometen mas ventajas á la navegacion de los europeos que ninguna otra de las tierras del mar del Sur. Descubrió despues la parte de la costa occidental de América, hasta entonces desconocida, desde el 43° de latitud Norte, es decir, sobre una estension de mas de tres mil quinientas millas. Señaló la proximidad de los continentes de Asia y América; recorrió el estrecho que los separa, y marcó las tierras de cada lado á una grande altura, para demostrar que "el Gran Océano comunica por este estrecho con el mar Glacial del Norte, y que era probable que el Atlántico que debe ser considerado como el mas anchuroso canal para la salida de las aguas del mar Septentrional, estuviese en comunicacion por medio de este inmenso mediterráneo, bien fuese por el Este ó por el Oeste, con el Grande Océano. Esto es lo que en efecto está demostrado, por mas que los esfuerzos de los navegantes no les hayan permitido todavía atravesar el mar Glacial del Este al Oeste ó del Oeste al Este."

En este viaje fué donde el intrépido Cook halló una muerte funesta en la isla Hawai, una de las is-

las Sandwich. En Julio de 1776 se dió á la vela mandando las dos fragatas la *Resolucion* y el *Descubrimiento*, con el objeto de recorrer la costa Oeste de la América Septentrional, despues de haber hecho escala en Taiti y en las islas de la Sociedad. El 12 de Agosto de 1777 vieron los ingleses á sus buenos amigos los taitianos, quienes los recibieron con la mayor cordialidad. El 17 de Enero de 1779 ancló el capitán Cook en la bahía, situada en la costa occidental de la isla Hawai, cuyos habitantes se mostraron al principio pacíficos y complacientes con los europeos; pero no pasaron muchos dias sin que aquella benevolencia se trocara en hostilidad abierta.

En la tarde del 13 empezó la lucha á consecuencia de un robo que los isleños hicieron á bordo del *Descubrimiento*, cuya tripulacion apenas se aperebió de aquel desaguisado, rompió un fuego de mosquetería contra la piragua de los culpables. Estos lograron ganar la orilla, pero perdieron la piragua de la cual se apoderaron los europeos. Al dia siguiente, aumentada la animosidad de los isleños contra los europeos, á causa de haber muerto en una refriega uno de sus jefes que reclamó como suya la piragua apresada, vinieron encarnizadamente á las manos con los europeos, resultando gran número de muertos y heridos de una y otra parte. Entre los primeros se contaba uno de los jefes principales de la isla, ¡funesto acontecimiento que llevó á su colmo la fermentacion jeneral de los ánimos, y que hubo de costar la vida al capitán Cook! Apenas cundió entre los isleños la noticia de la muerte de su jefe, despidieron á sus mujeres é hijos, se cubrieron con sus esteras de combate, y se armaron de picas y de piedras. Uno de ellos que tenia una honda y una lanza se aprosimó al capitán y púsose á desafiarle, blandiendo su arma y amenazándole con tirarle una piedra. Cook le aconsejó que desistiera de sus amenazas, pero como viese crecer la insolencia de su enemigo, se indignó tanto, que le disparó un tiro; pero como no le acertase, se envaíentó mas el isleño, y ayudado de sus compatriotas descargó una lluvia de piedras contra los europeos. Entonces el capitán Cook disparó otro tiro y mató al isleño que estaba mas próximo. Inmediatamente despues de esta muerte, las jentes del país formaron un ataque jeneral con sus hondas; los soldados de marina y los marineros que ocupaban las canoas les contestaron con una descarga de mosquería. Admirable fué la firmeza con que los isleños sostuvieron el fuego; precipitáronse sobre sus enemigos, dando gritos y ahullidos terribles, antes que los soldados de marina tuvieran tiempo de meterse en las lanchas. Vióse entonces una escena de horror y confusion.

Cuatro soldados de marina fueron cojidos en el momento de retirarse é inmolados al furor del enemigo; los que mejor suerte tuvieron salieron gravemente heridos de la refriega. El capitán Cook quiso poner término á la efusion de sangre, pero al volverse para mandar á los de las canoas que cesaran de tirar, recibió un lanzazo en la espalda y cayó boca abajo en el mar. Los isleños prorumpie-